



LA UNIFICACIÓN ALEMANA Y LA UNIDAD EUROPEA

Helmut Kohl

Cuando pienso en los enormes cambios a los que ha asistido el mundo en los últimos 15 años, me parece muy importante no olvidar que todo lo que ha ocurrido en Europa y en Alemania no es en absoluto mérito exclusivamente de los alemanes y aún menos de una única persona, sino que se debe también a todos aquellos que nos han ayudado, y a ellos debemos mostrarles nuestro agradecimiento. El camino hacia la unificación alemana y la integración europea sólo ha sido posible gracias a todos los que nos han prestado su apoyo. Así, al hablar sobre la reunificación alemana y la integración europea cuando se conmemora la caída del Muro de Berlín ya hace quince años, ante todo debo decir gracias. Uno de los grandes teólogos y filósofos de la religión del último siglo, Romano Guardini, al que admiro desde mi época juvenil, afirmó en una ocasión: «El agradecimiento es la memoria del corazón». Precisamente éste es el sentimiento que me invade al echar la mirada atrás y al hablar de lo que he vivido, y en lo que yo mismo he podido contribuir.

1.

Hoy en día se afirma con gran ligereza que muchos acontecimientos están «haciendo época»; sin embargo, es la Historia la que debe afirmar tal cosa. Lo que sí es cierto es que la caída del Muro de Berlín puede calificarse de acontecimiento trascendental, un suceso que ha transformado no sólo el panorama político alemán, sino el de todo el continente. Los años 1989 y 1990 supusieron el comienzo del fin del sistema comunista. Actualmente sólo queda un país en el mundo cuyo Jefe de Gobierno cree aún que el comunismo tiene futuro, y ese país es Cuba. No obstante, en un tiempo predeciblemente corto también allí se arriará la bandera roja.

En Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia, en Rumania, en los Estados Bálticos: en todos estos países los ciudadanos se opusieron al régimen de opresión y tiranía. En la República Democrática Alemana (RDA), en el otoño de 1989, primero fueron miles, luego decenas de milla-

res, después cientos de miles y al final millones de personas las que se echaron a la calle para pedir y reclamar mayores cuotas de libertad. La caída del Muro el 9 de noviembre de 1989 supuso el final de una dictadura de cuarenta años y tuvo como consecuencia, gracias a la ayuda de nuestros amigos y vecinos, la reunificación de nuestra patria. Me parece muy importante subrayar una cosa, y no precisamente por cortesía, sino porque tengo el pleno convencimiento de que es cierto, y es que nuestros amigos españoles nos apoyaron sin titubeos en aquella situación. En París, en Roma e incluso en Londres se produjeron reticencias, hubo muchas vacilaciones y dudas respecto a si modificar los resultados de la Segunda Guerra Mundial podía aportar algo positivo. Aún tenemos en la memoria la declaración que hizo Margaret Thatcher en Londres: «Prefiero dos Alemanias a una única Alemania unida»; en realidad yo no critico estas palabras, ya que reflejaban el modo de sentir de muchos. Sin embargo, nuestros amigos españoles, quizá guiados también por su fe en la libertad y por su propia experiencia histórica, estuvieron de nuestro lado, y esto tampoco lo olvidaremos nunca.

2.

El 9 de noviembre de 1989, a pesar de todos los problemas que ha supuesto en años posteriores, sobre todo de carácter económico, seguirá siendo un día de alegría y de júbilo. La forzada separación de la nación alemana tocó a su fin ese día, y las imágenes de las primeras personas que pasaron de un lado a otro del Muro dieron la vuelta al mundo. Estas imágenes pusieron de manifiesto que la mayor parte de los alemanes del Este y del Oeste no estaban dispuestos a soportar la separación forzosa del país por más tiempo. La caída del Muro fue el triunfo de la libertad. Pero, para ser sincero, he de añadir que, si bien en la antigua República Federal, de la que yo fui canciller desde 1982, también existía este sentimiento, esa sensación se veía en parte paralizada por una cierta «saturación». Además, a algunas personas les preocupaba que su Estado de bienestar pudiera verse amenazado por el experimento de la «unidad», como se denominaba en algunas ocasiones a este proceso.

La caída del Muro también se la debemos al valor de nuestros compatriotas en la RDA, que se rebelaron contra la dictadura. Muchos recordarán todavía las imágenes que mostraban cómo cientos de miles de personas se manifestaban a favor de la libertad en Leipzig, en Dresde y en muchas otras ciudades, asumiendo un gran riesgo personal. Estas manifestaciones pacíficas, que partían siempre de las iglesias, lograron quebrantar el poder del régimen del SED y finalmente produjeron el desmoronamiento del mismo. El valor y las hazañas de nuestros compatriotas de Alemania del Este ya forman parte de los capítulos más destacados de la historia alemana, y todo aquel que conozca la historia de nuestro país, especialmente la historia del siglo XX, apreciará la importancia de que esa revolución transcurriera de forma pacífica. Sin duda, ese hecho quedará de manifiesto en la imagen de Alemania para la posteridad.

3.

La revolución pacífica en la RDA y la caída del Muro no hubieran sido posibles, y es algo que quiero reiterar, sin la ayuda y apoyo de nuestros amigos y vecinos. Entre todos ellos, en primer lugar quiero citar a Estados Unidos y al entonces presidente George Bush padre, un presidente que reflejaba y resumía en su persona todo lo que constituye el sueño americano: la idea de libertad y la autodeterminación. Para él, las consecuencias de la caída del Muro eran claras: una Alemania soberana y reunificada. Así pensaba también su antecesor en el cargo, Ronald Reagan, un presidente al que no suele hacerse mención cuando se habla de este tema. Sin embargo, su política siempre se caracterizó por una postura clara frente a los dirigentes del Kremlin. Reagan era una figura bastante inusual y de principios muy claros: para él «sí» quería decir «sí», y «no» quería decir «no». Era una persona digna de confianza, y estos principios surtieron efecto en un momento deci-

sivo para la historia mundial. Cuando la Unión Soviética comenzó a estacionar los misiles SS-20 en Europa, fue él quien amenazó a Breznev con el contraataque y le dejó claro que la Unión Soviética iba a perder esa carrera. En Moscú, y es algo que sabemos hoy, inicialmente se rieron de él; sin embargo, él cumplió su advertencia. No puede considerarse en absoluto una coincidencia que en su visita a Alemania en 1987, a pocos metros de la Puerta de Brandenburgo, Reagan exclamase: «Señor Gorbachov: ¡Abra esta puerta! ¡Derribe este Muro!». Ronald Reagan era un hombre de ideas y principios claros; fue el único Jefe de Estado que en nuestras reuniones periódicas me preguntaba acerca de la opinión de los jóvenes en la RDA sobre el futuro de Alemania. Solía decir que dividir un país era algo así como amputarle los brazos, las manos o los pies a un cuerpo humano: este cuerpo podría seguir viviendo, pero con grandes dificultades. Puede parecer una filosofía muy simple, pero ha conmovido mucho más que los discursos sesudos de grandes conocedores de la situación en aquellos momentos.

Su filosofía política se basaba en la aplicación de la llamada «doble decisión» de la OTAN, sin cuya puesta en práctica la historia de los años 1989 y 1990 hubiera tomado con seguridad otro curso. La «doble decisión» consistía, por una parte, en entablar negociaciones con la Unión Soviética acerca de la reducción del armamento nuclear desplegado en Europa. Por otra parte, la OTAN dejó una cosa clara: si los miembros del Pacto de Varsovia no detenían el despliegue de misiles SS-20 en la RDA y en los territorios del bloque oriental, la alianza occidental respondería con el despliegue de nuevos misiles Pershing y de crucero. En este sentido cabe reconocer el mérito de mi predecesor Helmut Schmidt al haber contribuido a la toma de esta decisión en la OTAN; sin embargo, Schmidt ya no estaba en situación de obtener mayoría en su propio partido, el SPD. Al final, su gobierno acabó fracasando.

Con la aplicación de la «doble decisión» de la OTAN, es decir, el despliegue de los misiles Pershing II y de los misiles de crucero norteamericanos en territorio de la República Federal, la cuestión era si seguíamos siendo aliados dignos de confianza. Y es que si en 1983 no hubiésemos procedido al despliegue, las relaciones de la República Federal con Estados Unidos, sobre todo, se habrían visto gravemente afectadas. Además, la OTAN habría atravesado una gran crisis y probablemente incluso se habría desmoronado. Por conversaciones mantenidas con Mijaíl Gorbachov conozco la importancia que tenía nuestra actitud en las decisiones del Kremlin. Gorbachov se dio cuenta de que forzar la carrera armamentística, dividir la alianza occidental y alejar a Alemania de la solidaridad de Occidente sería una empresa dura e infructuosa. De este modo, Gorbachov tuvo que admitir que no podía ganar la carrera armamentística, lo cual le llevó a dar los primeros pasos hacia el desarme. Así es como el objetivo de mi gobierno, esto es, lograr la paz con menos armas, pudo materializarse paso a paso.

La conciencia de no poder ganar la carrera armamentística provocó el surgimiento de la Glasnost y la Perestroika. Desde esta nueva perspectiva, con la Perestroika, Gorbachov lideró un cambio en la política soviética que llegó a extenderse incluso a la RDA. Mijaíl Gorbachov tomó una sabia y acertada decisión en un momento clave para los alemanes el día posterior a la caída del Muro. Nunca lo olvidaré.

La noche del 10 de noviembre de 1989, con motivo de la caída del Muro, se celebró un multitudinario acto frente al berlinés Schöneberger Rathaus, sede del alcalde y los concejales de Berlín occidental en ese momento, y en ese acto también participé yo. Justo antes de tomar la palabra en el balcón del ayuntamiento, me hicieron llegar un mensaje de Mijaíl Gorbachov. Al parecer, al secretario general del PCUS le preocupaba que la situación en la RDA llegara a descontrolarse, y se preguntaba qué pasaría si una muchedumbre rebelde asaltara las instalaciones soviéticas.

Gorbachov se encontraba bajo la presión de la KGB y los instigadores del gobierno del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania), que habrían preferido anular la revolución pacífica a mano armada, de forma similar a lo que ocurrió en la revuelta popular de 1953.

Sin embargo, fui capaz de convencer a Gorbachov de que la información que le habían dado no se correspondía con la realidad: el pueblo de la RDA era de carácter pacífico y las instalaciones soviéticas no corrían peligro alguno. En esos momentos era fundamental que Gorbachov nos creyera. El hecho de que confiara en mí también se debió a que, durante su visita a la República Federal en junio de 1989, tuve la suerte de establecer una relación personal muy fructífera con él. En nuestras conversaciones descubrimos que tanto su familia como la mía habían sufrido sobremanera durante la guerra: su tío y su padre habían resultado heridos de gravedad, y mi propio hermano había fallecido en combate. Todo ello afianzó aún más los lazos personales que nos unían. Siempre estaré agradecido a Gorbachov, porque, al tener que elegir entre movilizar los tanques o dejarlos en el cuartel, optó por la solución pacífica, y ése fue precisamente su mérito personal. Su postura fue condición clave para que, en último término, pudiéramos lograr la unidad en la paz.

Cuando recuerdo con agradecimiento los momentos de apoyo y ayuda, también pienso en nuestros amigos de Hungría. Al igual que en la revuelta de 1955, los húngaros reunieron el valor necesario para emprender varias reformas imprescindibles en su país por propia iniciativa, lo que dio lugar a situaciones dramáticas, como la del verano de 1989, cuando miles de ciudadanos de la RDA huyeron a Hungría bajo el pretexto de pasar sus vacaciones allí. En esa ocasión, el gobierno húngaro hizo algo por lo que aún hoy debemos estar agradecidos, y fue tomar la decisión de no detener a los ciudadanos de la RDA que habían decidido salir de su país de aquella manera. Esto fue posible gracias a que mi gobierno siempre se había negado a reconocer una ciudadanía propia a los habitantes de la RDA, algo que pretendía Honecker desde hacía tiempo. La Unión Soviética y, sobre todo, la propia RDA, querían que reconociéramos las dos condiciones: una nacionalidad alemana de la RFA y una nacionalidad alemana de la RDA. Otros componentes de la política alemana occidental, sobre todo los socialdemócratas, además de varios representantes de la industria, movidos por razones comerciales, apoyaban la postura de Honecker. Sin embargo, en vista de que nosotros rechazábamos esta alternativa, el primer ministro húngaro Nemeth y su ministro de Exteriores Horn declararon que los alemanes deberían poder viajar a Alemania. Quien sí nos apoyó expresamente en nuestra determinación fue Deng Ziao Ping, el presidente de la República Popular China. Nunca olvidaré cómo en una ocasión me preguntó irónicamente: «¿Acaso Goethe era alemán de la RDA y Schiller alemán de la RFA?» En su opinión sólo había alemanes. Y así pensaban también los húngaros que, en el verano de 1989, abrieron las fronteras a los alemanes que querían abandonar la RDA, hecho que tuvo una tremenda repercusión en el desarrollo de este territorio.

También agradezco de corazón la ayuda que nos brindó Polonia. Los polacos, con su gran tradición de libertad, fueron los primeros en intentar liberarse de las ataduras de la dictadura a través del sindicato independiente *Solidaridad*. También fueron los primeros en lograr, en 1989, un gobierno verdaderamente democrático. Sin embargo, conviene recordar algo que se suele obviar, y es que esta evolución que se produjo en Polonia sólo fue posible por la coincidencia de que en Roma se eligió a un Papa polaco. Como se ha puesto de manifiesto tras la consulta de algunos documentos del Kremlin, cuando se eligió al papa Juan Pablo II, en el círculo del gobierno del Kremlin reinaba una gran inseguridad a la hora de valorar la situación en Polonia; en esos tiempos se acuñó una conocida frase de Napoleón: «¿Cuántas divisiones tiene el Papa?» Pero, claro está, ese Papa no necesitaba división alguna debido a su inmensa fuerza moral y a su pleno convencimiento en el valor de la libertad; era un hombre que apoyó a su país con todo su ser.

Recuerdo una conversación con el último ministro del Interior polaco de la era estalinista, en la cancillería federal de Bonn. Yo le pregunté: «Señor ministro, ¿qué tal *Solidaridad*?», a lo que él respondió con frialdad: «Señor Canciller, no tiene por qué preocuparse; *Solidaridad* no supone ningún problema para nosotros». Acto seguido le dije: «Pero he visto por televisión las imágenes de la visita del Papa al santuario polaco de Czestochowa, e informaban de que medio millón de personas había acudido al acto», a lo que él replicó: «No importa, lo tenemos todo bajo control». Después le pregunté: «Y ¿no ha visto que más de la mitad de esas personas eran mujeres? ¿Qué opina usted, una persona respetada, de que el policía polaco llegue a su casa por la noche, apague la luz y se acueste junto a su mujer?». Consternado y no precisamente satisfecho, el ministro dio por terminada la conversación. Sin embargo, a partir de ese momento supo que no nos convencían sus habilidades de persuasión.

También pienso en el gobierno checo, que en la primavera de 1989 posibilitó la salida de la RDA hacia la República Federal de miles de alemanes congregados en la embajada alemana en Praga. Las escenas de lo sucedido en la embajada alemana contribuyeron al debilitamiento del régimen de la RDA.

4.

Tras la apertura del Muro de Berlín y de la alambrada de púas, era fundamental que yo tomara la iniciativa y enfocara el desarrollo del país hacia la unidad alemana. Para que nadie dudara de la capacidad resolutoria del canciller alemán, desarrollé, en colaboración con un círculo reducido de consejeros, el llamado «Programa de diez puntos para la unidad alemana», basado en tres fases: la «comunidad contractual», las estructuras confederativas y la federación como objetivo, es decir, la reunificación de Alemania como Estado federal de Derecho.

En dicho programa, que presenté el 28 de noviembre de 1989 en el Bundestag alemán, evité la imposición de cualquier tipo de plazo, lo cual se reveló rápidamente como una ventaja incuestionable, ya que el proceso que se había puesto en marcha el 9 de noviembre adquirió un dinamismo cada vez mayor. Los habitantes de la RDA ya estaban en camino hacia la Alemania unificada desde hacía tiempo, algo que pude comprobar por mí mismo en la multitudinaria manifestación del 19 de diciembre de 1989 en Dresde. En todo el territorio de la RDA, la gente se reunía en las iglesias para rezar y en diversos lugares para manifestarse. Primero gritaban «¡Somos el pueblo!», pero con el tiempo empezaron a exclamar «¡Somos un pueblo!». Los manifestantes y los cientos de miles de personas que se dirigían hacia el Oeste dictaron en lo sucesivo el ritmo con el que se recorrería el camino que quedaba por delante. En el otoño de 1989 aún era imposible prever cómo transcurriría exactamente ese recorrido.

Sin embargo, teníamos un objetivo claro y seguimos adelante: desde las primeras elecciones libres de la RDA celebradas el 18 de marzo de 1990 hasta la firma del Tratado de unificación y del «Tratado 2 + 4» en otoño de 1990, pasando por el establecimiento de la unión económica y monetaria el 1 de julio de ese mismo año. Cuando el 3 de octubre de 1990 logramos nuestro objetivo, la unidad alemana, apenas había transcurrido un año desde la caída del Muro.

El 9 de noviembre de 1989 y el 3 de octubre de 1990 son para mí los días más felices de mi vida: en apenas once meses logramos hacer realidad la unidad de Alemania gracias a la ayuda de nuestros amigos y de Dios.

Tanto para los cristianodemócratas alemanes como para la mayoría del pueblo alemán, con

este objetivo se cumplió un gran anhelo. No en vano, la CDU, a diferencia de numerosos social-demócratas y de la mayoría de los Verdes, se había considerado desde su fundación como partido de la unidad alemana, algo que no ha dejado de ser aún hoy. En la CDU nunca hemos abandonado nuestro objetivo constitucional de «perseguir la unidad y la libertad de Alemania».

No sabíamos cuándo llegaría la unidad alemana, pero yo siempre estuve convencido de que llegaría. Y dado que siempre tuvimos en mente ese objetivo, también orientamos nuestra política en la dirección adecuada.

En los años 1989 y 1990, la puerta de la historia se entreabrió y nosotros la empujamos. Nos abrimos paso a través de esa puerta y, con la ayuda de Dios, logramos la reunificación. En el gobierno federal, mis colegas y yo nos encontramos en 1989/1990 ante un gran desafío, ya que no teníamos ningún plan preconcebido para la reunificación; en muchos sentidos puede decirse que aterrizamos en tierras desconocidas. Sin embargo, con valor y resolución hemos conseguido mucho desde 1990.

5.

El primer Canciller de la República Federal de Alemania, Konrad Adenauer, sentó los fundamentos para que se produjese esa unidad alemana. Su política logró devolver a Alemania a la comunidad de valores del mundo libre occidental. Debido a lo sucedido en nuestra historia, en absoluto se sobreentendía que pudiésemos reintegrarnos en dicha comunidad de valores. Uno de los grandes méritos de Adenauer fue recuperar la confianza de nuestros vecinos, una confianza que nos resultó de gran ayuda en los momentos más difíciles: los días y meses de los años 1989 y 1990.

Yo siempre tuve claro que la reunificación de Alemania debía estar incluida en el marco de la unión de Europa. Como siempre hemos dicho en la CDU, «la reunificación de Alemania y la unidad europea son dos caras de la misma moneda». Así, sin el proceso de la unidad europea nunca hubiésemos obtenido el beneplácito para realizar la reunificación de Alemania. En este sentido quisiera decir, sin ánimo de reproche, que casi todos los gobiernos de nuestros países vecinos de Europa occidental, menos el español, veían con gran escepticismo el proceso de reunificación de Alemania. Margaret Thatcher fue la más honesta porque lo dijo sin tapujos: «Prefiero dos Estados alemanes a uno solo». Por su parte, el primer ministro italiano Andreotti incluso alertó de la posible presencia de un nuevo «pangermanismo». Los franceses también mostraron un enorme escepticismo: Francia, con 56 millones de habitantes, y la República Federal, con 61 millones, estaban casi a la par en cuanto a número de habitantes. Sin embargo, con la unificación Alemania se convirtió en un país con 82 millones de habitantes, además de ser la economía más fuerte de Europa; en definitiva, una situación nada fácil de aceptar para un Jefe de Estado francés. Por eso también hay que reconocer el mérito de François Mitterrand, que al principio se mostró cauto a la hora de opinar sobre asuntos relacionados con la unidad alemana, pero se dio cuenta rápidamente de que era mejor tender la mano a los alemanes y acompañarlos en su camino hacia Europa.

En los duros meses de la reunificación nos mantuvimos ligados a la política europea, lo que significaba la adhesión a la Unión Económica y Monetaria establecida.

Ya a mediados de los años ochenta yo había hablado por primera vez con Mitterrand de la posibilidad de una moneda común para la Comunidad Económica Europea, como se llamaba entonces la UE. En el Consejo Europeo de Hannover celebrado en junio de 1989, es decir, antes

de la caída del Muro, ya se habló públicamente por primera vez de la implantación de una unión económica y monetaria. La decisión a favor del euro ya se había tomado (en contra de lo que afirman numerosas leyendas) incluso antes de que se vislumbrara la reunificación de nuestra patria.

En los años posteriores, mi gobierno siempre se aferró con firmeza al objetivo de la Unión Económica y Monetaria. De ese modo demostramos a nuestros amigos y vecinos que, para nosotros, la unidad alemana estaba unida a la unidad europea. Al mismo tiempo, los temores a una posible «jugada individual» de la Alemania reunificada perdieron su razón de ser. No en vano, el hecho de que los alemanes estuviésemos dispuestos a renunciar a nuestro querido y próspero marco alemán era la mejor prueba de lo mucho que apoyábamos el proyecto europeo.

6.

La introducción del euro es sin duda uno de los hitos más destacados de la historia de la Unión Europea; en mi opinión, representa un momento clave en el camino hacia una Europa unida. Los alemanes considerábamos necesario integrarnos en la Unión Europea: tras la implantación de la moneda común, la unidad europea se convierte en un proceso irreversible y sin vuelta atrás. Así, el euro ha supuesto un firme lazo de unión entre los Estados miembros.

Además de la introducción del euro nos propusimos llevar adelante la ampliación de la Unión Europea. Al principio se decidió acoger en la Unión Europea a Finlandia, Austria y Suecia en 1995, según los planes previstos. Sin embargo, tras la caída del Telón de Acero no tuve dudas de que los países de Europa central, oriental y del Sur también deberían poder optar a la posibilidad de ser miembros de la madre Europa. Ninguno de nosotros está autorizado a impedir la entrada a Europa de los polacos, los húngaros o los checos, que no son responsables de haberse encontrado inmerecidamente al otro lado del Telón de Acero durante decenios. Nunca olvidaré el momento en el que recibí a los Jefes de Gobierno de los tres países bálticos en la Cancillería de Bonn a principios de los años noventa. Sin duda, hablaron muy claro: «Señor Canciller, ¡nos volvemos a apuntar a Europa!». El proceso de ampliación era un deber histórico y moral; es y sigue siendo uno de los intereses innatos a los países miembros. La ampliación de la Unión Europea de 10 a 25 países el 1 de mayo de 2004 es un hito en la historia de la unidad europea, ya que nunca antes habían entrado tantos países al mismo tiempo en la Unión Europea. Ocho de esos diez países estaban al otro lado del Telón de Acero hace 15 años, y ahora se han convertido en miembros de la madre Europa. ¡La unificación de Europa es ya una realidad!

7.

Una vez superada la implantación de la Unión Económica y Monetaria, así como la ampliación de la UE, nos enfrentamos a nuevos retos. El próximo será intensificar la unión política, proceso en el que se incluye la ratificación del proyecto de Constitución aprobado a finales de octubre de 2004. Si bien no todos los deseos pudieron hacerse realidad en la fase de elaboración del proyecto, el texto de la Constitución incluye una gran parte de las ideas reformistas. El resultado del proceso, en mi opinión, es un compromiso. También quiero decir que considero un gran error que en el Preámbulo de esta Constitución no se haga mención a Dios, por razones que no acepto; a mi entender, una sociedad sin vínculos con lo trascendental carece de futuro alguno.

Asimismo, creo que necesitamos una política exterior europea común. Europa ha de aprender a hablar con una voz propia, para lo cual es fundamental que la UE mantenga una colaboración trasatlántica con Estados Unidos. No en vano, esta Europa sólo podrá llegar a ser algo si las relaciones trasatlánticas funcionan. En España está de moda adoptar una postura antiamericana pero la amistad con los estadounidenses es parte de la existencia y del futuro de la Unión Europea. No

obstante, es preciso definir esa amistad, ya que amistad no equivale a dependencia. Por supuesto, de un amigo no esperamos recibir órdenes, ya que los dos estamos a la misma altura; de un amigo esperamos que nos diga la verdad, y no lo que deseamos escuchar. Por eso debemos cuidar esa amistad con independencia de lo que suceda en Estados Unidos. En mi opinión carece de sentido caer en una postura antiamericana.

8.

Después de las grandes catástrofes de la Segunda Guerra Mundial y los crímenes sufridos por tantas personas en nombre de Alemania, se puede decir que en Europa hemos empezado a tener una gran suerte desde finales del pasado siglo. Deberíamos considerar la unidad de Europa como un regalo, y como una oportunidad para el futuro. Así, frente a las preocupaciones y a los problemas no hemos de caer en el desaliento. Si echamos la vista atrás a los últimos 50 años y, sobre todo, a los últimos 15 años, comprobaremos que tenemos todos los motivos para culminar la construcción de la casa Europa: el regalo de la unidad nos obliga a ello. Y es que sin la política de la integración europea, de la reconciliación con nuestros vecinos y de la renuncia a la política de la fuerza propia de los siglos XIX y XX, el futuro pacífico es una utopía.

Los jóvenes de Madrid considerarán totalmente normal el hecho de poder viajar a lugares como Praga o Varsovia. Sin embargo, no pueden imaginar en absoluto que una vez Europa estuvo dividida por un Telón de Acero. Además, les parecerá extraño que en medio de Berlín y a lo largo de Europa hubiera alambradas y campos de minas. Apenas podrán creer que allí se hiciera uso de las armas y que más de mil personas perdieran la vida en el intento de pasar de Alemania a Alemania. Pero eso también forma parte de la historia alemana.

La generación más joven tiene todas las posibilidades para crecer en una Europa en la que reine la paz y la libertad, valores inseparables, ya que allí donde no exista libertad, tampoco habrá paz. Además, no me cabe la menor duda de que esta nueva generación de jóvenes no vivirá ninguna guerra en Europa. Por eso creo que tenemos razones de sobra para mirar al futuro con optimismo.

A los jóvenes les pido que no se dejen desanimar; que no se dejen convencer por aquellos que dicen que este es el peor de todos los mundos y que mañana caerá el cielo sobre la tierra. Que aprovechen las oportunidades que se les presentan y afronten la vida con alegría. Pero que tengan en cuenta que alegría también significa adoptar una postura activa, cada uno en su ámbito, porque ni nuestro mundo ni nuestros respectivos países avanzan solos. Por eso, con esa alegría de vivir, les invito a dar forma al futuro de su país y de la Europa que compartimos.